

POLEMICA EN TORNO A

"Los nuevos curas" es la segunda novela de Michel de Saint-Pierre, un hombre que escribió también "Los nuevos aristócratas", cuya versión cinematográfica le dio la celebridad de la noche a la mañana. La polémica suscitada en torno a "Los nuevos curas" ha sido abundante y a veces hasta un poco virulenta. Uno piensa, a juzgar por los resultados, que un poco desmesurada. O quizá desproporcionada. Porque la novela en cuestión es francamente mediocre, aunque airea determinados problemas hoy muy de moda.

"Los nuevos curas" fue publicada en Francia en 1964 por las ediciones de la Table Ronde. La traducción castellana la hizo Julio Gómez de la Serna y la primera edición de febrero de 1965 la sacó Luis de Calart, editor, de Barcelona. El libro tiene trescientas páginas justas y un pórtico con cinco dedicatorias. Nada menos. O más que dedicatorias, quizá fuera mejor decir introducciones. Cinco textos que vienen firmados por el propio autor, por San Pío X, por Monseñor Montini, arzobispo de Milán; por el Cardenal Montini y por Su Santidad Paulo VI. Son textos un poco pretendidamente ambiguos que dejan todavía la esperanza de la sorpresa. Estos son detalles sobre la materialidad del libro en su traducción castellana.

Saint-Pierre localiza la acción de su novela en uno de los suburbios obreros de París. Allí un párroco intelectual y culto, el abate Florian, escribe. Y asiste casi como un espectador, dejando hacer a dos curas de la nueva ola —como ahora se dice—, dos vicarios, Julio Barré y José Reisman, que tratan de llevar a la práctica la que ellos llaman "la nueva pastoral". A base de no hablar de Dios, a base de una serie de actividades casi demagógicas, a base de estar, por sistema y en exclusiva, al lado del obrero. Entonces, al cabo de cinco años de este tipo de pastoral, les llega un refuerzo, el nuevo vicario, Pablo Delance, el héroe de nuestro relato. Pablo es un hombre interior, espiritual, el autor pretendería que fuera un místico. Y Pablo,

con su dulzura, con su vida interior, con su silencio, consigue lo que los otros dos, en el apogeo de su actividad exterior, no han llegado nunca a conseguir. El abate Florian sigue atenta, apasionadamente, el desarrollo de los acontecimientos. Y por fin llega a la conclusión de que la nueva pastoral, el despojarse de la sotana para disfrazarse de obrero, el hablar la jergonza marxista y el tolerar la coexistencia pacífica con los comunistas, no llega a ningún lado. Tenemos, por tanto, en la obra de Saint-Pierre, una tesis, una antítesis y al abate Florian de fiel de la balanza. La construcción, justo es decirlo, de esta novela mediocre

es de lo más burdo que uno ha leído nunca. Y el fondo mismo del problema, supersimplificado y falseado, resulta en algo que tiene una definición muy simple: sofisma. El sofisma, dicen con su gracia habitual los profundos filósofos, es una argumentación falsa o viciosa con la intención de engañar a los demás. Si es ésa la intención de Saint-Pierre o no, uno no podría nunca terminar de averiguarlo. Es un hecho que esta obra tiene una argumentación viciosa y que, por tanto, engaña a muchas personas. O puede engañarlas, por lo menos. El resultado nos parece evidente por más que la intención del autor —que siempre debe respetarse— quizá no sea ésa.

Y expuesta sumariamente la localización de la obra, vamos con su contenido, siempre interesante por tratarse de lo que se trata.

Hoy vivimos, esperanzados, al aire que nos sopla de Roma, en los días de un Concilio que tanto puede cambiar y mejorar. Los métodos de apostolado deben ponerse al día, la Iglesia y todos sus miembros deben seguir dinámicamente la marcha de la Historia, que es la

marcha de Dios. Si hasta ahora habían servido ciertas fórmulas y procedimientos, no por ese solo hecho van a seguir sirviendo ahora. Tampoco viceversa, desde luego. No se tomen las cosas por donde queman. Hay mucho que renovar, remozar, actualizar, para que el Reino de Cristo venga a nosotros. Todo esto está muy claro en teoría y es consolador en el plano de los meros deseos. El estímulo viene incluso de donde debe venir, de Cristo en su cabeza visible que es el Papa. Pero las dificultades surgen cuando estos principios tratan de llevarse a la práctica. ¿Cómo actualizar, remozar, renovar, el mensaje cristiano? Ese "cómo" es el quid de la cuestión.

La novela de Pablo Delance, de Julio Barré, de José Reisman y del abate Florian es la novela, aventurada y un poco a tientas, de tantísimos otros. El autor, Michel de Saint-Pierre, nos presenta de una parte al cura consumido por su

LOS NUEVOS

celo, al hombre que busca traer la masa obrera en dirección de Cristo, el cura antiburgués, antinacionalista y universal. De espíritu más católico, hasta cierto punto tan sólo, que muchos de sus predecesores. Y de otro lado, Saint-Pierre se recrea hasta la satisfacción en presentarnos al hombre interior, y casi exclusivamente interior, que consigue los éxitos exteriores y un poco espectaculares, que los otros dos extrovertidos nunca llegan a conseguir. Pero, como dicen los castizos, "ojo, que la vista engaña". La contraposición de las dos posturas que hace Saint-Pierre es desleal y desventajosa para los "trabajadores". Veamos por qué.

En el apostolado hay siempre dos elementos. El uno, imprescindible, es la gracia de Dios. El otro, la colaboración humana. El apóstol es un instrumento en las manos de Dios: la medida de su eficacia sacerdotal nos la dará la medida de su unión con Dios. Esto no tiene vuelta de hoja. Si el apóstol, sea laico o clérigo, no tiene vida interior, si no hay un plano sobrenatural fundamental y acaparante en su vida, ese hombre, como ya

